

HACIA UNA ANALÍTICA DE LAS RELACIONES DE PODER. MICHEL FOUCAULT Y LA GENEALOGÍA

Martín Arias-Albisu
Universidad Nacional de Rosario
CONICET

Resumen: En primer lugar, efectuamos una lectura de *El orden del discurso* y *Nietzsche, la genealogía, la historia*. En estos textos buscamos una elaboración de las relaciones entre discurso y prácticas sociales, y una explicación del concepto nietzscheano de genealogía. En segundo lugar, nos enfocamos en la producción teórica de 1971-1976. En estas obras aquella problemática es retomada a fin de delinear un método de análisis de las prácticas sociales enfocado en las características del poder moderno. Según este análisis, el poder moderno es un “biopoder normalizador” y es esencialmente positivo o productivo.

Palabras claves: Foucault – Genealogía – Poder – Discurso – Historia

Abstract: In the first place, we present a reading of *The Order of Discourse* and *Nietzsche, Genealogy, History*. In these works we look for an elaboration of the relationships between discourse and social practices, and an explanation of Nietzsche’s concept of genealogy. In the second place, we focus on the theory production of the period 1971-1976. In these works those topics are reintroduced in order to formulate a method of analysis of social practices focused on the characteristics of modern power. According to this analysis, modern power is a “normalizer biopower” and is essentially positive or productive.

Key Words: Foucault – Genealogy – Power – Discourse – History

Hacia una analítica de las relaciones de poder. Michel Foucault y la genealogía

Dos textos de 1971 nos permiten efectuar una primera aproximación al procedimiento genealógico, tanto en lo que respecta a sus prescripciones metodológicas como a su lugar en la empresa intelectual de Foucault. Se inscriben en ellos dos preocupaciones solidarias, cuya sucesiva elaboración las hará confluir en la conformación de una analítica de las relaciones de poder. Tenemos, por un lado, el interés que manifiesta *El orden del discurso* por un maridaje metodológico entre arqueología (“crítica”) y genealogía, centrada la primera en los procesos de

enrarecimiento y exclusión propios de las formaciones discursivas, y abocada la segunda a sus reglas de formación y condiciones externas de posibilidad. En este marco se estudian los efectos de poder del discurso y la injerencia de las prácticas sociales en las formaciones discursivas. Por otro lado, en *Nietzsche, la genealogía, la historia* se lleva a cabo un examen incisivo del concepto nietzscheano de genealogía en el que Dreyfus y Rabinow no dudan en reconocer “el semillero completo de las obras de Foucault a lo largo de la década del 70”.¹ Se definen en este texto los lineamientos metodológicos de una investigación histórica de las prácticas sociales –discursivas y no discursivas– que toma por objeto las relaciones de poder que las atraviesan y hacen presa en el cuerpo de los individuos. Nos proponemos, en primer lugar, recorrer estas obras en las que –sin dejar de lado la problemática arqueológica, sino complementándola con un abordaje de los discursos en términos de lucha y estrategia– se elaboran las primeras herramientas de análisis de un poder coextensivo al campo social, que se infiltra en sus retículos más recónditos y configura la corporalidad de los hombres en su praxis cotidiana. Posteriormente examinaremos la prosecución de este esfuerzo teórico en la producción de los años 1971-1976. En esta segunda etapa procuraremos ante todo efectuar un seguimiento del modo en que la investigación del poder normalizador moderno es posibilitada y articulada tanto por una analítica que subraya el carácter “positivo” de los efectos del poder como por la crítica concomitante de las concepciones “negativas” del mismo, a saber, aquellas que conciben su naturaleza y ejercicio en función del modelo jurídico de la soberanía. Recurriremos a momentos fragmentarios de los estudios históricos concretos únicamente cuando sea necesario a los fines de esclarecer las premisas que suponen y el procedimiento que los encauza.

I

En *El orden del discurso* Foucault se propone, ante todo, formular y desarrollar la hipótesis de trabajo que guiará sus futuras investigaciones. Semejante suposición consiste en que “en toda sociedad la producción del discurso está a la vez controlada, seleccionada y redistribuida por un cierto número de procedimientos que tienen por función conjurar los poderes y peligros, dominar el acontecimiento aleatorio y esquivar su pesada y temible materialidad”.² Considerar el discurso en su

1 Dreyfus, H. L. y Rabinow, P., *Michel Foucault. Más allá del estructuralismo y la hermenéutica*, Nueva Visión, Bs. As., 2001, p. 135.

2 OD, p. 11 (Ver al final la lista de abreviaturas de las obras de Michel Foucault).

materialidad de acontecimiento es sin duda un motivo que jugaba un rol fundamental en *La arqueología del saber*; asimismo, muchos de los procedimientos subsiguientemente delineados habían sido tematizados en la *Arqueología* y en obras anteriores. Con todo, cabe notar desde ya un desplazamiento del acento, cuando no de la perspectiva: la alusión a los “poderes y peligros” del discurso, así como a la necesidad de control social que de ello se deriva, anuncian que al proyecto arqueológico de una “*descripción pura de los acontecimientos discursivos*”³ se superpone la tentativa de concebir el discurso como inmerso en los juegos y estrategias de poder que rigen y, a la vez, se sustentan en las distintas prácticas sociales.⁴ Los procedimientos de gestión del discurso enumerados por Foucault son los siguientes:

1) *Procedimientos externos de exclusión*. Primeramente, los sistemas de prohibición. Establecen los objetos apropiados del discurso, las circunstancias en que puede ser pronunciado y las condiciones que debe satisfacer el sujeto que se lo apropia, su estatuto. En segundo lugar, la separación entre razón y locura. Desde la Edad Media, y de diversas formas, se define al loco como aquél cuyas palabras tienen un status diferente de las de los otros, sea que se les niegue toda validez (no pudiendo testificar ante la justicia, autenticar un contrato, etc.) o se les atribuya el poder de enunciar una verdad oculta. El armazón de saber médico o psicoanalítico que permite hoy en día descifrar esas palabras no prueba que la separación haya desaparecido, sino que se ha desplazado. Por último, la dicotomía verdadero-falso. Ciertamente esta oposición no constituye un sistema de exclusión cuando se la considera en el plano de la proposición, pero de lo que se trata, más bien, es de abordarla al nivel de la materialidad histórica de los discursos verdaderos. Aquí la distinción entre verdad y falsedad se muestra como un sistema históricamente constituido (durante ese período que va de Hesíodo a Platón, cuando el discurso deja de ser valorado por lo que *hace* y comienza a ser evaluado por lo que *dice*) y sometido a transformaciones; como una voluntad de verdad conformadora de ámbitos de objetos, de funciones de sujeto y de instrumentales de conocimiento; como, en fin, una práctica de exclusión sustentada en un inmenso aparato de

3 AS, p. 43.

4 “...el discurso no es simplemente aquello que traduce las luchas o los sistemas de dominación, sino aquello por lo que, y por medio de lo cual se lucha, aquel poder del que quiere uno adueñarse”. OD, p. 12.

instituciones pedagógicas, bibliotecas, dispositivos técnicos, laboratorios.⁵

2) *Procedimientos internos de control*. A diferencia de los procedimientos de exclusión, que operan desde el exterior del discurso, estos procedimientos representan la ordenación y distribución que los discursos ejercen sobre sí mismos. Su efecto es de *enrarecimiento*, esto es, de limitación. Primeramente, el comentario. Consiste en la distinción entre unos discursos considerados importantes y otros cuya función es reactualizarlos, transformarlos y sacar a luz sus múltiples sentidos. Se controla así una dimensión de la práctica discursiva al remitirla a un determinado número de textos primarios. En segundo lugar, el autor. No se trata, evidentemente, del sujeto parlante empírico, sino de una función social que obra como fuente de agrupación y coherencia del discurso. Es, por tanto, necesariamente histórica. Por obra de esta función la multiplicidad discursiva queda limitada al ser referida a una individualidad, a un yo. Por último, la disciplina. No se define por una temática o ámbito de objetos empíricos, sino por el conjunto de reglas (que atañen a campos de objetos posibles, instrumental técnico, procedimientos de verificación, formas de encadenamiento y dependencia entre los conceptos, posiciones de sujeto, etc.) que permiten decidir acerca de la verdad o falsedad de las proposiciones.

3) *Procedimientos de enrarecimiento de los hablantes*. Definen las condiciones que deben cumplir los hablantes para apropiarse de los diferentes discursos. El ritual, por ejemplo, establece la calificación y comportamientos exigidos al individuo que habla, así como las circunstancias propias de enunciación y la eficacia de los enunciados. Las sociedades de discurso conservan y producen conjuntos de enunciados, haciéndolos circular en espacios cerrados poblados por sujetos calificados. La doctrina, en cambio, tiende a un máximo de difusión, estableciendo como límite la adhesión a un conjunto determinado de discursos. La enseñanza, por último, establece parámetros de adecuación social de los discursos.

Dispositivos, en suma, cuyas funciones son: 1) dominar los poderes que conllevan los discursos, 2) conjurar los azares de su aparición y 3) determinar las condiciones de su utilización.⁶ Foucault considera que el estudio de estos procedimientos demanda ciertas precisiones

⁵ Es hacia este último sistema que desde hace siglos, en Occidente, confluyen los anteriores (a través, por ejemplo, de la apropiación de la locura por parte del saber psiquiátrico).

⁶ OD, p. 32.

metodológicas. Establece dos grupos de principios de análisis, uno *crítico* y otro *genealógico*.⁷ El conjunto crítico se sirve del principio de trastocamiento: se trata en él de dejar de considerar las figuras, entre otras, del autor, la disciplina y la voluntad de verdad como funciones positivas que dan cuenta de la proliferación y continuidad de los discursos, para abordarlas como operadores negativos de exclusión y enrarecimiento. Ahora bien, como consecuencia de este principio de trastocamiento surge la cuestión de la necesidad de admitir una “virtualidad” de discurso que diera cuenta de la positividad sobre la que se ejercen las funciones de recorte. El conjunto genealógico de principios está destinado a rechazar este recurso. Consta de: 1) principio de discontinuidad (tratar los discursos como prácticas discontinuas que se cruzan, yuxtaponen, ignoran o excluyen, pero sin suponer que debajo de semejante pluralidad de series de enunciados existiría un gran discurso ilimitado, continuo, silencioso e impensado al que habría que restituirle el habla), 2) de especificidad (concebir el discurso en su carácter de práctica que imponemos a las cosas, sin resolverlo en un juego de significaciones previas, esto es, rechazando la “providencia prediscursiva”) y 3) de exterioridad (perseguir, a partir de la aparición y regularidad del discurso mismo, sus condiciones externas de posibilidad, evitando comprenderlo como manifestación de un pensamiento o significación internos y ocultos). Los dos aspectos del análisis no se excluyen, sino que se complementan: mientras la crítica se centra en las formas de exclusión y enrarecimiento, la genealogía muestra “cómo se han formado, por medio, a pesar o con el apoyo de esos sistemas de coacción, las series de los discursos”.⁸ La diferencia entre crítica y

7 Notemos que el primer grupo de procedimientos, en tanto definido como exterior a los sistemas de enunciados y destinado a contrarrestar los efectos de poder de la práctica discursiva, representa, a nuestro juicio, un punto de vista diferente al implícito en el proyecto arqueológico. Ciertamente, el problema de la relación entre prácticas discursivas y prácticas no discursivas está presente en la *Arqueología* (AS, pp. 111-16), pero el tratamiento de estas funciones de exclusión que “se ejercen en cierta manera desde el exterior” y “concernen sin duda la parte del discurso que pone en juego el poder y el deseo” (OD, pp. 20-21, el subrayado es nuestro) efectúa un desplazamiento de la perspectiva: mientras antes el interés giraba en torno al haz de relaciones intradiscursivas (las reglas de formación que caracterizan una positividad) y sólo se hacía una mención eventual a su posible engarce con los sistemas de relaciones no discursivos, se hace hincapié ahora en los efectos del poder sobre el discurso y los efectos de poder del discurso mismo. Sin duda también es novedosa la introducción del tema de una “voluntad de verdad”. Volveremos sobre esta cuestión

8 OD, p. 50. Hemos modificado aquí la traducción de A. G. Troyano, incorrecta a nuestro parecer.

genealogía es, entonces, una mera diferencia de perspectiva: una “intenta señalar, cercar, esos principios de libramiento, de exclusión, de rareza del discurso”, la otra “intenta captarlo en su poder de afirmación, (...) el poder de constituir dominios de objetos”.⁹

Las series de funciones y principios metodológicos que acabamos de reseñar muestran claramente que estamos ante un texto de transición. Por un lado, nos encontramos con un interés por la relación entre discurso y poder, manifiesto particularmente en la caracterización de los procedimientos de exclusión. En ella habita, en efecto, una preocupación por los efectos de poder del discurso y por la incidencia de las prácticas sociales no discursivas en el orden del mismo.¹⁰ Más importante aún es la introducción de las nociones de “voluntad de verdad” y “voluntad de saber”. Con ellas queda establecida la necesidad de estudiar las relaciones entre el saber y las relaciones de poder que lo atraviesan, de analizar los modos en que los saberes ejercen poder y el poder configura saberes. Pero, en definitiva, no son muchas las precisiones que se ofrecen en el texto. No son enfocadas las relaciones de poder en sí mismas, sino que simplemente se postula el vínculo entre estas relaciones y las reglas del discurso. El concepto de genealogía escuetamente elaborado al final del escrito es un claro indicio de esto: el “poder” que tematiza es meramente el poder conformador de objetos detentado por el discurso, por lo que habría que situarlo en el plano intradiscursivo de las reglas de formación de que hablaba la *Arqueología*. En conclusión, no se desarrollan las sugerencias, ni son retomadas en el planteamiento del método genealógico.

Una concepción muy diferente es la que brinda el artículo *Nietzsche, la genealogía, la historia*. Caracterizada mediante un minucioso recorrido de textos nietzscheanos, la genealogía es opuesta aquí a la historia tradicional entendida como búsqueda del origen. La genealogía procura adherirse a la singularidad de los acontecimientos, evitando reducirlos mediante el recurso a significaciones metahistóricas y direccionamientos teleológicos. Según Foucault, Nietzsche marcaría –sobre todo en el prólogo de *La genealogía de la moral*– la diferencia entre estos dos modos de abordar la historia a través de una distinción terminológica. Lo que persigue la historia tradicional es el *Ursprung*, el origen; la genealogía, en cambio, se centra en la determinación de la *Entstehung* (emergencia) y la *Herkunft* (procedencia). En términos generales, el rechazo de la temática del origen tiene tres sentidos. 1) Se abandona la

9 OD, p. 56.

10 Recordemos que se los definía como exteriores al discurso.

pretensión de encontrar en el nacimiento de las cosas una identidad nuda y simple que se hubiese conservado a lo largo de su devenir. Si se obrase de este modo se desconocerían las diversas mutaciones, relevos y discontinuidades del elemento en cuestión, recubriéndolos uniformemente con el sentido que reviste en el presente. Lo que hay detrás de cada cosa no es una identidad secreta; el secreto consiste, antes bien, en que su “esencia” fue construida a partir de figuras y elementos extraños inmersos en un juego de fuerzas. 2) La genealogía repudia las solemnidades del origen, la idea de que en sus comienzos las cosas se encontraban en un estado de perfección. Pues, de hecho, en el comienzo está lo bajo, lo irrisorio: el juego de las pasiones, las pequeñas y las grandes luchas. 3) Para el genealogista el origen no es el lugar de la verdad. No es ese punto permanentemente retrotraído y anterior al conocimiento, punto que daría lugar a un saber que se referiría a él y, a su vez, nunca terminaría de apresarlos. Lejos de ello, la verdad es el resultado de un encadenamiento de errores; su aparente inmutabilidad se debe a la sedimentación de su efectividad histórica. No sólo las verdades, sino la verdad misma como valor, la voluntad de verdad, son el producto de determinadas opciones históricas. Rechazo por parte del genealogista, en suma, de la identidad de las esencias, la primacía de lo primigenio y la originalidad de la verdad.

A esta añoranza del origen la genealogía opone la determinación de la *Herkunft* y la *Entstehung*. La *Herkunft*, entiende Foucault, designa la *procedencia* de un elemento. A menudo Nietzsche parece concebirla como el movimiento que establece el sentido de una forma a través de su remisión a una cierta raza o tipo social. Pero, de hecho, en ella no se trata de identificar una figura (una creencia, un sentimiento, una costumbre) mediante la atribución de una serie de caracteres generales que compartiría con otras, sino, muy por el contrario, de disolver su unidad ficticia desplegando la multiplicidad de elementos que la constituyen sobre los diferentes planos de la dispersión que les es propia. De este modo el presente, lejos de ser legitimado por la evolución monótona de una forma que en el fondo ya estaba presente desde el comienzo, se vuelve extraño a sí mismo al reconocerse en él la exterioridad de los diferentes sucesos que lo produjeron. Por tanto, toda determinación de la procedencia es necesariamente crítica. “La búsqueda de la procedencia no funda, al contrario: remueve aquello que se percibía inmóvil, fragmenta lo que se pensaba unido; muestra la heterogeneidad de aquello que se imaginaba conforme a sí mismo.”¹¹ Por último, la instancia

11 MP, p. 13.

decisiva para la evaluación de la procedencia es el cuerpo. Y esto en dos sentidos: el cuerpo se presenta como una superficie sobre la que se inscriben los acontecimientos; está atravesado por todo un entramado de valoraciones, costumbres y prácticas institucionales. A su vez, estas formas encuentran su punto de emergencia en las discordias y luchas que animan las pasiones corporales, en el espacio en que las fuerzas de un individuo o un grupo entran en conflicto. Puede decirse, entonces, que el genealogista se concentra en el punto de articulación entre la historia y el cuerpo.

La *Entstehung*, por su parte, debe entenderse como la *emergencia* de una figura, esto es, como la ley que rige su eclosión. Mientras que la procedencia impedía ante todo que se determinase el devenir de una forma conforme a un principio de continuidad, la emergencia contradice fundamentalmente las explicaciones que se sirven del direccionamiento hacia un estado final. Procura desasirse de las teleologías para pensar el nacimiento de una forma a partir del sistema de fuerzas en que está inmersa. Se trata, precisamente, de describir las sucesivas apropiaciones y sometimientos que aquélla ha sufrido, los conflictos en los que se ha visto envuelta, los distintos papeles que ha desempeñado en función de su inserción en campos de fuerza de suyo inestables. Con la emergencia se abre en el espacio social el gran escenario de las dominaciones y los sometimientos: las instituciones y las reglas que lo constituyen, despojadas de toda significación esencial y sustento jurídico-metafísico, son remitidas a ese intersticio diferencial que define a un complejo de fuerzas cualitativamente diversas.¹² Su devenir, por tanto, se configura a partir de la instrumentalización que sufren por parte de las estrategias que animan a los poderes en pugna; sus desplazamientos, mutaciones y eventual desaparición responden a un trastocamiento en la jerarquía de las fuerzas.¹³

12 Un buen ejemplo de ese “no lugar” en que se desenvuelven las luchas, esto es, del hecho de que las fuerzas en pugna no comparten un espacio homogéneo, sino que están separados por una irreductible diferencia de perspectiva, nos lo da la célebre genealogía nietzscheana de las oposiciones morales *Gut – Schlecht* y *Gut – Böse*. Cf. Nietzsche, F., *Genealogía de la moral*, Alianza, Madrid, 1995, I.

13 “...no existe principio más importante para toda especie de ciencia histórica que ese que se ha conquistado con tanto esfuerzo ... a saber, que la causa de la génesis de una cosa y la utilidad final de ésta, su efectiva utilización e inserción en un sistema de finalidades, son hechos *toto coelo* separados entre sí; que algo existente, algo que de algún modo ha llegado a realizarse, es interpretado una y otra vez, por un poder superior a ello, en dirección a nuevos propósitos, es apropiado de un modo nuevo, es transformado y adaptado a una nueva utilidad; que todo acontecer en el mundo orgánico es un subyugar, un enseñorearse, y que, a su vez, todo *subyugar* y *enseñorearse* es un

En síntesis, los criterios de la *Herkunft* y la *Entstehung* apuntan a desterrar de los estudios históricos todas las formas de apelación a instancias metahistóricas. Se rechazan no sólo las desusadas teleologías filosóficas, sino también la fe metafísica que alimenta soterradamente la historiografía tradicional. Pues si los historiadores conciben el pasado como una totalidad cerrada que encuentra su coronamiento en el presente, si cuando miran hacia atrás reencuentran, aunque más no sea en forma germinal, las modalidades contemporáneas de existencia, es porque han adoptado un punto de vista situado fuera del tiempo y se han hecho tributarios del viejo motivo metafísico de una conciencia siempre idéntica a sí misma. Ante esta historia concebida para legitimar el presente, la genealogía adopta una estrategia cuyas tres operaciones fundamentales son las siguientes: 1) reintroducir en el devenir todo lo que se supone fijo en el hombre. Sus sentimientos y costumbres, su cuerpo mismo, deben disolverse en la mirada de acontecimientos que les dieron forma; hay que recuperar el hiato que separa una figura contemporánea de las multiplicidades que modelaron su rostro. 2) Combatir el hábito de diluir los sucesos en la continuidad de una serie causal unívoca o un proceso teleológico. Restituir a los acontecimientos su carácter disruptivo inscribiéndolos en el juego azaroso de las luchas. 3) Abandonar la pretensión de objetividad especular que acompaña a todo intento de aprehender la totalidad: saber del genealogista acerca del lugar desde el que escribe su historia, conciencia de la dinámica de las perspectivas y de su parcialidad. No se trata, empero, de afirmar la supuesta evidencia de una arbitrariedad general, sino de tomar conciencia de los recortes, selecciones y omisiones inherentes al oficio del historiador. Un “elemento”, una “forma” sólo adquieren relieve cuando se los refiere a un complejo de fuerzas; el interés del genealogista por destacar un cierto recorrido de un elemento en particular es el que define el entramado de fuerzas a considerar; ese entramado, a su vez, remite a una dispersión de entramados que lo codeterminan.

Además, para el genealogista, se debe abandonar definitivamente el motivo de un sujeto de conocimiento intemporal que se ocuparía desinteresadamente de la verdad; el genealogista interpreta toda voluntad de verdad como voluntad de poder, esto es, como una conformación

reinterpretar, un reajustar, en los que, por necesidad, el ‘sentido’ anterior y la ‘finalidad’ anterior tienen que quedar oscurecidos o incluso totalmente borrados”. Nietzsche, F., *Genealogía de la moral*, Alianza, Madrid, 1995, II, 12. Paul Veyne llega a decir que “el método de Foucault ha surgido probablemente de una reflexión” sobre este parágrafo. Veyne, P., *Cómo se escribe la historia. Foucault revoluciona la historia*, Alianza, Madrid, 1984, p. 237, n. 11.

estrategia que opera en un entramado de fuerzas y genera efectos de poder: su historia es una historia *política* de la verdad. Así, la imbricación y mutua dependencia de las relaciones de poder y las reglas de formación del discurso que introduce la genealogía no representa una ruptura con respecto a la preocupación arqueológica por escribir una historia irreductible a la actividad constituyente de un sujeto trascendental.

Nietzsche, la genealogía, la historia nos ofrece el primer el primer gran esfuerzo reflexivo de Foucault en torno a la problemática del poder. No queremos afirmar con esto que la cuestión del poder no estuviera presente, sino que no se la pensaba de manera explícita. Así, por otra parte, lo declara el mismo Foucault: “Pero lo que faltaba en mi trabajo, era este problema del ‘régimen discursivo’, de los efectos de poder propios del juego enunciativo. Lo confundía demasiado con la sistematicidad, la forma teórica o algo así como el paradigma. En el punto de confluencia entre la *Historia de la locura* y *Las palabras y las cosas* se encontraba, bajo dos aspectos muy diferentes, ese problema central del poder que yo había por entonces aislado muy mal”.¹⁴ Creemos reconocer en esta mirada retrospectiva los signos de dos mutaciones acaecidas en la meditación acerca del poder. Se hace patente, por un lado, que el tratamiento del vínculo entre el poder y los regímenes discursivos viene demandado por una incógnita que no se acertaba a despejar en las obras del período arqueológico, sobre todo en *Las palabras y las cosas*. La gran hipótesis de este texto consistía, efectivamente, en que los distintos saberes de una época dependen en su posibilidad y normatividad interna de un *a priori* histórico o *episteme* a cuya descripción se abocaba el análisis.¹⁵ Como más de un crítico lo notó en su momento, una de las dificultades de este planteo reside en que las rupturas, esto es, los reordenamientos del campo epistémico que dan lugar a un *a priori* histórico diferente, no son susceptibles de explicación.¹⁶ La exégesis histórica daba por resultado una serie discontinua de *epistemes* tales como las del Renacimiento y la Época Clásica, dejando sin respuesta los problemas del modo en que una era suplantada por otra y de los motivos de esta substitución. Lo que la genealogía permite es, justamente, comprender el surgimiento de nuevas figuras del saber (en los términos de la *Arqueología*, los sistemas de reglas que rigen las posiciones de sujeto, campos de objetos, dominios asociados y condiciones de

14 Entrevista con M. Fontana en rev. *L'Arc*, n° 70 especial, pp. 16-26. MP, pp. 178-79.

15 Cf. PC, “Prefacio”, pp. 1-10.

16 MP, pp. 178.

repetibilidad de las funciones enunciativas) a partir de las redistribuciones y los desplazamientos verificados en la economía de las fuerzas de una sociedad dada. Al propugnar un abordaje del discurso en términos de estrategia posibilita, asimismo, un enfoque más agudo de las relaciones entre las prácticas discursivas y las no discursivas: las diferentes producciones de la voluntad de verdad quedan referidas al juego variable de las relaciones de poder que regulan las prácticas sociales; más aún, la verdad misma es poder: los discursos verdaderos actualizan y modifican, a su vez, aquellas relaciones.¹⁷ Ahora bien, en la entrevista que citamos más arriba no sólo se habla de *Las palabras y las cosas*, sino también de la *Historia de la locura*. Y es con respecto a esta última obra que se hace más evidente la segunda rectificación en la metodología de Foucault. Como él mismo lo estipula, en la *Historia de la locura* se sirvió, al menos implícitamente, de una noción “negativa” del poder. Para esta perspectiva el poder sería lo que reprime, excluye, impide y prohíbe, en suma, lo que meramente dice no.¹⁸ *Nietzsche, la genealogía, la historia* es el hito que señala el paso de esa “hipótesis represiva” a una concepción positiva del poder, esto es, a la afirmación del carácter esencialmente productivo de los mecanismos de poder: la

17 Con respecto a este punto, E. Castro asevera que el método arqueológico, en su afán de desligarse tanto del estructuralismo como de la fenomenología, debía encaminarse “hacia una pragmática, es decir, hacia una filosofía de la praxis humana como fundamento de la verdad”. Castro, E., *Pensar a Foucault. Interrogantes filosóficos de La arqueología del saber*, Biblos, Bs. As., 1995, p. 125. Cf. también cap. VII, “Verdad y discursividad”, pp. 215-237.

18 “Pienso que entonces imaginaba una especie de locura viva, voluble y ansiosa a la que la mecánica del poder y de la psiquiatría llegarían a reprimir, a reducir al silencio”. MP, p. 182. Sin embargo, debe tenerse en cuenta que lo dicho en MP, p. 154 supone una restricción del alcance de esta afirmación: “...me había servido esta concepción [negativa del poder] en la *Historia de la locura* ... pues la locura es un caso privilegiado: durante el período clásico el poder se ejerció sin duda sobre la locura al menos bajo la forma privilegiada de la exclusión ... De tal forma que analizando ese hecho he podido utilizar sin excesivos problemas una concepción puramente negativa del poder que a partir de un cierto momento me pareció insuficiente...”

Por otra parte, esta concepción del poder era la que aún operaba en *El orden del discurso*, tal como lo demuestra la índole de los procedimientos de administración del discurso que reseñamos en pp. 4-5. “Pienso que en ese *Orden del discurso* he mezclado dos concepciones o, mejor dicho, he propuesto una respuesta inadecuada a una cuestión que creo legítima (la articulación de los hechos del discurso sobre los mecanismos de poder). Es un texto que he escrito en un momento de transición. Hasta ese momento me parece que aceptaba la concepción tradicional del poder, el poder como mecanismo esencialmente jurídico, lo que dice la ley, lo que prohíbe, lo que dice no, con toda una letanía de efectos negativos: exclusión, rechazo, barrera, negaciones, ocultaciones, etc.” MP, p. 154.

genealogía se propone, precisamente, comprender las distintas prácticas sociales, sean discursivas o no, a partir de la red de complejos de poder que las regulan y de las estrategias que definen las transformaciones y los ritmos de tales complejos.¹⁹

Concluiremos esta sección señalando las otras dos contribuciones fundamentales del texto. Primeramente, el programa de una modalidad de investigación histórica que es en sí misma una crítica del presente. Al desplegar el cuadro de conflictos que dieron forma al orden contemporáneo, la genealogía revela su carácter contingente y pone al descubierto el modo en que los diversos elementos que lo componen responden a determinadas tácticas y estrategias de dominación.²⁰ En segundo lugar, la postulación del cuerpo como superficie de inscripción de los acontecimientos. Será retomada en desarrollos subsiguientes la idea de que el poder –al menos el que se ejerce en las sociedades modernas– se infiltra en las ramificaciones más finas del espacio social y hace de la corporalidad individual uno de sus campos de aplicación.

II

En este párrafo procuramos brindar una exposición sumaria de la aplicación y el desarrollo que reciben las formulaciones programáticas de *Nietzsche, la genealogía, la historia* en la producción teórica del período 1971-1976.²¹ Comencemos por despejar los malentendidos que podrían

19 “Lo que hace que el poder agarre, que se le acepte, es simplemente que no pesa solamente como una fuerza que dice no, sino que de hecho la atraviesa, produce cosas, induce placer, forma saber, produce discursos; es preciso considerarlo como una red productiva que atraviesa todo el cuerpo social más que como una instancia negativa que tiene como función reprimir”. MP, p. 182.

20 “El término ‘genealogía’ implica la función política en la cual la historia es ‘la inversión de una relación de fuerzas’. El historiador puede socavar el orden actual mediante la inversión de sus imágenes del pasado. El método propiciado por Foucault exige al historiador retroceder en el tiempo hasta localizar una diferencia, como por ejemplo, la tortura de Damiens, el confesionario pretridentino, la nave medieval de los locos. Estos discursos/prácticas heterogéneos son analizados a continuación de tal manera que su negatividad con respecto al presente hace estallar la ‘racionalidad’ de los fenómenos que se dan por obvios. Cuando la tecnología de poder empleada en el pasado se analiza en detalle, se socavan las premisas actuales que postulan el pasado como ‘irracional’”. POSTER, M., *Foucault, el marxismo y la historia*, Paidós, México D. F., 1991, pp. 127-28.

21 Nos centraremos en *Vigilar y castigar* (1975) e *Historia de la sexualidad I. La voluntad de saber* (1976), así como en las lecciones que durante esos años dictara Foucault en el *Collège de France*, recogidas y editadas póstumamente en *Los anormales y Defender la sociedad*. Utilizaremos eventualmente algún artículo o entrevista de fecha

ocasionar ciertas expresiones de las que nos hemos servido, tales como “el poder circula” o “se infiltra”. Esta manera de hablar, por lo demás común en los textos de Foucault, no debe hacernos olvidar que el poder en modo alguno es una sustancia o atributo que fluiría por las arterias del cuerpo social. El poder no es algo que pueda poseerse ni transmitirse, sino un modo definido de *relación* interhumana. Puede definírsela como un modo de acción que no opera sobre las cosas ni –al menos inmediatamente– sobre los hombres, sino sobre sus acciones. A diferencia de una relación de violencia que sólo puede actualizarse inmovilizando y cosificando al individuo, el poder presupone que el sujeto sea en todo momento reconocido como persona que actúa y que, por tanto, se despliegue ante su ejercicio todo un espacio abierto de respuestas posibles. Dicho en otras palabras, *el poder presupone la libertad*. De ahí que su campo de aplicación por excelencia sean las acciones *posibles*. El poder “es una estructura total de acciones dispuestas para producir posibles acciones: incita, induce, seduce, facilita o dificulta: en un extremo, constriñe o inhibe totalmente; sin embargo, es siempre una forma de actuar sobre la acción del sujeto, en virtud de su propia acción o de ser capaz de una acción. Un conjunto de acciones sobre otras acciones.”²² Sólo es lícito, por ende, hablar de “mecanismos” y “tecnologías” de poder porque en toda sociedad pueden constatarse regularidades en los modos de gestionar el accionar humano y, a partir de la consideración de las dependencias y relaciones entre los puntos locales de administración de las conductas, reconstruir estrategias de conjunto. El poder es, entonces, la operación de unas acciones sobre otras acciones, una relación de fuerzas, el arco tensado entre una fuerza y una resistencia. Su carácter relacional no implica meramente que a la hora de estudiarlo haya que atender en primer lugar a los términos en cuestión y procurar seguidamente establecer una relación entre ambos ni, mucho menos, que se deba partir de un primer término para luego ensayar una deducción o rastreo empírico del conjunto de relaciones que irradiarían de semejante centro. Lejos de pretender explicarlo todo a partir de una instancia única como el modo de producción y la estructura de dominación que le es inherente, o de reconstruir la génesis ideal de la soberanía y pensar el ejercicio del poder en función de ella, hay que

más reciente, pero no estudiaremos aquí las reformulaciones efectuadas por Foucault en los tomos II y III de *Historia de la sexualidad*.

22 Foucault, M., “El sujeto y el poder” en Dreyfus, H. L. y Rabinow, P., *Michel Foucault. Más allá del estructuralismo y la hermenéutica*, Nueva Visión, Bs. As., 2001, pp. 241-59, p. 253.

desentrañar el entramado de relaciones de poder que atraviesan el cuerpo social en su conjunto y comprender los términos en cuestión a partir de las relaciones mismas. Carácter relacional del poder, coextensividad con el campo social y multiplicidad de puntos móviles en los cuales se ejerce: la concepción foucaultiana del poder toma distancia tanto del economicismo marxista como de la temática jurídica de la soberanía operante en el liberalismo político. Un relevamiento de las apreciaciones críticas efectuadas por Foucault a propósito de estos modos de entender el poder nos ayudará a comprender su pensamiento.

Señalemos en primer lugar que el objetivo de Foucault no ha consistido nunca en elaborar una teoría del poder, esto es, un modelo abstracto deducido a partir de un conjunto de axiomas y aplicable a una instancia empírica cualquiera. Tampoco procura establecer un método general susceptible de aplicarse a un número indefinido de ámbitos. La originalidad de sus estudios históricos requiere como paso previo la delimitación de un dominio de investigación, compuesto regularmente de elementos heterogéneos tales como discursos científicos, prácticas y reglamentos institucionales, decisiones políticas, etc. Sujetas a una revisión permanente, las herramientas de análisis se forjan en función del dominio bajo consideración y con el objeto de descifrar la serie de correlaciones que lo constituyen.²³ No hay, por tanto, ni una teoría ni un método universal, sino una serie de preceptos e hipótesis que permiten delimitar el ámbito de las relaciones de poder y, más que definir su esencia, indicar los rasgos generales de su modo de operación. En *La voluntad de saber* se llama “analítica” a este procedimiento: “la apuesta de las investigaciones que seguirán consiste en avanzar menos hacia una ‘teoría’ que hacia una ‘analítica’ del poder: quiero decir, hacia la definición del dominio específico que forman las relaciones de poder y la determinación de los instrumentos que permiten analizarlo”.²⁴ Un análisis heterogéneo, entonces, tanto respecto de una teoría jurídico filosófica de la soberanía como de un rígido modelo binario del campo social cuyos componentes serían una infraestructura y una superestructura. En segundo lugar, Foucault entiende que estas corrientes

23 Entrevista con S. Hasumi en *Umi*, diciembre de 1977, pp. 240-256. Citado en DS, “Situación del curso”, p. 257.

24 VS, p. 100. “Si se tratara de construir una teoría del poder, siempre se estará obligado a considerarlo como surgiendo en un punto y en un momento dado, y se deberá hacer su génesis, después su deducción. Pero si el poder es en realidad un haz abierto, más o menos coordinado... de relaciones, entonces el único problema reside en dotarse de una rejilla de análisis que permita una analítica de las relaciones de poder.” DP, 188.

piensan las relaciones de poder sirviéndose de la economía como modelo. Para la teoría política clásica, por ejemplo, el poder es un derecho que todo individuo, por naturaleza, posee como un bien y que, por tanto, puede ceder o transferir en una suerte de contrato por cuyo intermedio se establece un estado de derecho, quedando así constituida la soberanía política. La operación jurídica que funda el poder político se concibe entonces como un intercambio contractual. Hay una analogía evidente entre el poder y los bienes, entre la circulación del poder y la circulación de las riquezas.²⁵ En el marxismo, en cambio, se verifica lo que podría denominarse *funcionalidad económica* del poder. La función del ejercicio del poder consistiría esencialmente en mantener el estado de las relaciones de producción y, a la vez, reproducir la dominación de clase hecha posible por un modo determinado de apropiación de las fuerzas productivas. “En términos generales, si lo prefieren, tenemos, en un caso, un poder político que encontraría su modelo formal en el procedimiento del intercambio, en la economía de la circulación de bienes; y en el otro, el poder político tendría en la economía su razón de ser histórica y el principio de su forma concreta y su funcionamiento actual”.²⁶ Por último, la teoría jurídica de la soberanía y ciertas corrientes del marxismo (sobre todo los representantes del *freudomarxismo* como Reich y Marcuse) conciben los efectos concretos del poder de manera negativa. Lejos de ser privativa de estas tendencias, la temática de un poder cuya función esencial sería la de prohibir y su forma la de la ley ha alcanzado una difusión tan inmensa que puede considerársela como la representación canónica del poder en occidente. Tiene su origen, ciertamente, en la problemática de la soberanía, pero sus líneas fundamentales pueden identificarse incluso en una formación discursiva tan diferente como el psicoanálisis. La teoría jurídico política de la soberanía –y, por consiguiente, este modo de entender el poder– data del surgimiento de la monarquía feudal en la Edad Media. Supuso la reactivación del derecho romano en el siglo XI y desde un principio giró en torno a las figuras de la monarquía y el monarca.²⁷ El establecimiento de la monarquía medieval y la propagación de su aparato estatal tuvieron lugar bajo la forma de un proceso de integración y regulación de la multiplicidad de poderes que eran anteriores. Tales poderes estaban ligados al dominio de la tierra, la posesión de las armas y los vínculos de vasallaje y servidumbre. Si la monarquía pudo implantarse y hacerse aceptar por

25 DS, pp. 26-27

26 DS, p. 27.

27 DS, p. 42.

ellos, tejiendo una compleja red de alianzas, fue porque se presentó a sí misma como una instancia de arbitraje y delimitación. Su lema de paz y justicia apuntaba a la prohibición de las guerras feudales o privadas y a la eliminación del arreglo privado de los litigios. “Esas grandes formas de poder, frente a fuerzas múltiples que chocaban entre sí, funcionaron por encima de todos los derechos heterogéneos en tanto que principio del derecho, con el triple carácter de constituirse como conjunto unitario, de identificar su voluntad con la ley y de ejercerse a través de mecanismos de prohibición y sanción”.²⁸ No se afirma que el afianzamiento efectivo del poder monárquico se haya operado exclusivamente mediante la construcción de un edificio jurídico, sino que el lenguaje del derecho fue el modo de manifestación y aceptabilidad de ese poder.²⁹ Y desde entonces, en Occidente, el poder se formula en términos jurídicos. Ahora bien, ¿cuáles son los lineamientos principales de esta teoría de la soberanía? En *Defender la sociedad* se los encuentra en tres procedimientos distintivos de fundamentación y constitución: 1) mostrar cómo un sujeto dotado de poderes y derechos naturales puede y debe

28 VS p. 106.

29 Por otra parte, es bien sabido que esta táctica discursiva de la soberanía y los derechos fundamentales fue utilizada de diversas maneras, incluso *contra* el poder monárquico. La teoría de la soberanía “en primer lugar, se refirió a un mecanismo de poder efectivo que era el de la monarquía feudal. Segundo, sirvió de instrumento y también justificación para la constitución de las grandes monarquías administrativas. A continuación, partir del siglo XVI y sobre todo del siglo XVII, ya en el momento de las guerras de religión, la teoría de la soberanía fue un arma que circuló tanto en un campo como en el otro, que se utilizó en un sentido o en el otro, ya fuera para limitar o, al contrario, para fortalecer el poder real ... Por último, en el siglo XVIII volvemos a encontrar esta misma teoría de la soberanía, como reactivación del derecho romano, en Rousseau y sus contemporáneos, en este caso con un cuarto papel: en este momento se trata de construir, contra las monarquías administrativas, autoritarias o absolutas, un modelo alternativo, el de las democracias parlamentarias. Y ése es el papel que desempeña aún en el momento de la Revolución” (DS, pp. 42-3). Este es un buen ejemplo de lo que en la *Voluntad de saber* se llama “polivalencia táctica de los discursos”, esto es, el hecho de que un mecanismo de poder puede ser instrumentalizado por estrategias diversas e incluso opuestas: “hay que admitir un juego complejo e inestable donde el discurso puede, a la vez, ser instrumento y efecto de poder, pero también obstáculo, tope, punto de resistencia y de partida para una estrategia opuesta” (VS, p. 123); “no existe el discurso del poder por un lado y, enfrente, otro que se le oponga. Los discursos son elementos o bloques tácticos en el campo de las relaciones de fuerza; puede haberlos diferentes e incluso contradictorios en el interior de la misma estrategia; pueden por el contrario circular sin cambiar de forma entre estrategias opuestas” (VS, p. 124).

convertirse en un individuo *sujetado*³⁰ en y por una relación de poder, es decir, establecer la relación política constitutiva del sujeto como tal; 2) señalar que las diversas potencias y capacidades “naturales” sólo pueden ser estatuidas como poderes políticos una vez que se ha definido una instancia unitaria de poder, sea el Estado o el monarca, del cual se derivan como instituciones o mecanismos; 3) especificar cómo se constituye el poder no tanto en conformidad con un conjunto de leyes, sino según cierta legitimidad fundamental que configuraría la forma general de las leyes y establecería la vigencia de éstas. “Triple primitividad, por lo tanto: la del sujeto a someter, la de la unidad del poder a fundar y la de la legitimidad a respetar. Sujeto, unidad del poder y ley: ésos son, creo, los elementos entre los cuales actúa la teoría de la soberanía que a la vez se les asigna y procura fundarlos”.³¹ A la presuposición y fundamentación de estos elementos primitivos, la analítica foucaultiana opone, respectivamente: la investigación de las modalidades efectivas de las técnicas de sometimiento que plasman sujetos y regulan su conducta; el registro de la diseminación de estos elementos condicionantes por toda la superficie del espacio social, así como su eventual integración en estrategias de conjunto; y la consideración de los efectos positivos de las relaciones de poder en lo que atañe tanto a la producción de saberes como a la configuración de la praxis humana. Se trata, en conclusión, de oponer a un modelo *jurídico-filosófico* (fundación del poder en la soberanía y concepción de sus procedimientos según el paradigma de la ley) un nuevo modelo *bélico-tecnológico* (determinar el ejercicio positivo del poder atendiendo a las estrategias en pugna y las tecnologías que ellas movilizan).

Señalemos que lo antedicho no implica que la analítica del poder delimite y estudie un dominio en el cual el Estado, el derecho y la economía no tendrían injerencia. El principio de la especificidad de las relaciones de poder va acompañado del reconocimiento de su imbricación con los demás entramados del tejido social como, por ejemplo, las prácticas sexuales e institucionales y el aparato productivo. Además, la postulación de la inmanencia y materialidad de los mecanismos de poder no hace de ellos una nueva “infraestructura” respecto de la cual el derecho y el Estado serían una mera superficie ideológica o una “superestructura” –de

30 Foucault se sirve en el texto de dos de los sentidos que tiene “*sujet*” en francés, “sujeto” y “súbdito”: “...la teoría de la soberanía se propone necesariamente constituer lo que yo llamaría un ciclo, el ciclo del sujeto al sujeto [súbdito], mostrar cómo un sujeto ... puede y debe convertirse en sujeto [súbdito], pero entendido esta vez como elemento sometido en una relación de poder”. DS, p. 49.

31 DS, p. 50.

un modo general, toda apelación al esquema espacial profundidad/superficialidad está ausente en los escritos foucaultianos. Es innegable, por ejemplo, que el ejercicio sostenido de diversas técnicas de poder responde en parte al beneficio económico que reportan; lo que no es lícito es afirmar que las redes de poder deriven de las relaciones de producción ni que su función esencial sea reproducirlas. Recurramos a un caso concreto para ilustrar este punto. El prodigioso desarrollo de los aparatos productivos a partir del siglo XVIII demandaba una adaptación integral de la mano de obra: docilidad y obediencia de los cuerpos, maximización de su rendimiento. Una respuesta –entre otras posibles– a esta exigencia la dio el florecimiento de las tecnologías de poder disciplinarias y normalizadoras tan virtuosamente analizadas en *Vigilar y castigar*.³² Ahora bien, no puede interpretarse esta secuencia como una determinación económica “en última instancia”, ya que la puesta en práctica de las disciplinas no obedece únicamente al aumento de la fuerza corporal en el sentido económico de la utilidad, sino también a su disminución en el sentido político de la obediencia.³³ Asimismo, en modo alguno estaban esos dispositivos disciplinarios, por así decirlo, prefigurados en las instancias de producción como su complemento necesario; no tuvieron su origen en ellas ni son explicables por ellas solas. Esa meticulosa atención a los gestos, esa imposición permanente de automatismos, esa distribución de los cuerpos en un espacio reticulado y la composición óptima de sus fuerzas surgió como “una multiplicidad de procesos con frecuencia menores, de origen diferente, de localización diseminada, que coinciden, se repiten, o se imitan, se apoyan unos sobre otros, se distinguen según su dominio de aplicación, entran en convergencia y dibujan poco a poco el diseño de un método general”. Se los ve primeramente en los colegios y luego en escuelas elementales; invaden lentamente el espacio hospitalario y motivan más tarde una reorganización de las instituciones militares. Lejos de ser la materialización de un “proyecto” concebido acabadamente desde un principio y que respondería a un “interés de clase”, estas disciplinas locales se configuraron las más de las veces como una respuesta particular a situaciones coyunturales: “aquí una innovación industrial, allá la recrudescencia de ciertas enfermedades epidémicas, en otro lugar la invención del fusil o las victorias de Prusia”.³⁴ La expansión del capitalismo industrial y la diseminación del poder disciplinario son, en

32 Cf. “Disciplina”, VC, pp. 137-230.

33 Cf. Deleuze, G., *Foucault*, Paidós, Bs. As., 1987, pp. 52-53.

34 VC, p. 142.

conclusión, fenómenos que se condicionan mutuamente. Rechazo, entonces, de una dependencia causal vertical y unívoca en favor de la diagramación de una serie de correlaciones –*cuadro*– entre elementos de distintos órdenes.³⁵

Otro de los instrumentos de análisis fundados en la preeminencia de la infraestructura económica que es recusado por la metodología foucaultiana es la interpretación de las formaciones discursivas en términos de ideología.³⁶ Al concebírsela en una posición secundaria con respecto a una base material determinante, la ideología no consigue apresar ni la dispersión de los saberes ni su superposición con los mecanismos locales de poder. Más grave aún es que brinda una imagen profundamente adulterada de la relación entre saber y poder. El recurso a una “falsa conciencia” implica tanto la aceptación tácita de una verdad absoluta accesible en principio al sujeto cognoscente como una concepción negativa de los efectos del poder sobre el saber: el poder reprimiría, desfiguraría u obstaculizaría un discurso de verdad sobre la realidad social. La analítica del poder establece, en cambio, el condicionamiento mutuo entre técnicas de saber y estrategias de poder: las relaciones de poder abren campos de objetos, posibilitan procedimientos de investigación y configuran sujetos de conocimiento; los saberes y los efectos de verdad que conllevan, por su parte, sostienen y prolongan el alcance de aquellas estrategias. La proliferación de los dispositivos de poder–saber tiene la forma de una espiral ascendente; entre ellos se da un juego de mutua suposición y reenvío que hace que el uno sea condición de mantenimiento y potenciación para el otro.³⁷ No existe entre saber y poder exterioridad alguna, tampoco confusión, sino articulación a partir de su diferencia.³⁸ Uno de los propósitos de *Vigilar y castigar*, por ejemplo, es estudiar la emergencia tanto de las ciencias humanas como de la práctica penal moderna a partir de una tecnología de poder que les serviría de matriz común, esto es, las disciplinas.³⁹ Una exposición sucinta de tal investigación nos ayudará a comprender la imbricación entre saber y poder. Según Foucault, los dos instrumentos

35 En la “Respuesta a *Esprit*” se lee, tras una enumeración de la serie de dependencias que se propone estudiar la arqueología: “yo quisiera sustituir la simplicidad uniforme de las asignaciones de causalidad por todo este juego de dependencias; superando el privilegio indefinidamente reconducido a la causa, hacer aparecer el haz polimorfo de las correlaciones”. DP, 71.

36 Cf. MP, pp. 181-82.

37 VC, pp. 34-36.

38 VS, pp. 119-20.

39 VC, p. 30.

fundamentales del poder disciplinario son la *vigilancia jerárquica* y la *sanción normalizadora*. Estos se combinan en el dispositivo de poder-saber del *examen*. La vigilancia jerárquica, aparato esencialmente arquitectónico, se materializa en construcciones destinadas a la observación de multiplicidades humanas. En ellas, las técnicas de visibilidad inducen efectos de poder, al tiempo que el poder hace visibles a aquellos sobre los que se ejerce. Casos concretos son los campamentos militares, los hospitales, las escuelas y sobre todo las prisiones; su paradigma es el panóptico de Bentham. El ideal de esta vigilancia consistiría en la estructuración de un espacio de iluminación plena en el cual la distribución de los individuos está íntegramente calculada; como centro en torno al cual gira, un ojo único que todo lo ve y al que ninguna mirada alcanza, eje hacia el que refluye el saber de las visibilidades. En suma, una configuración del espacio esencialmente disimétrica cuyos efectos son el conocimiento y la reglamentación imperceptible de las conductas.⁴⁰ La sanción normalizadora, por su parte, opera básicamente mediante la referencia de los actos de los individuos a un estándar que sirve tanto de patrón de medida como de modelo a seguir. A diferencia del complejo clasificatorio estatuido por la ley, que reside en una partición binaria entre las acciones permitidas y prohibidas, en torno a la norma se delinea un amplio abanico de grados de aproximación, expediente que posibilita la especificación de los individuos por medio de la asignación de una serie de valores tabulados a sus acciones. Además, lo que prosigue a la desviación respecto de una norma no es un ritual de expiación o reparación, sino un ejercicio de corrección. A través de la aplicación de normas se vuelve posible, en síntesis, catalogar y jerarquizar a los individuos en función de la regla estipulada, hacer valer semejante desnivelación como aliciente coercitivo para la corrección y definir un umbral a partir del cual se despliega la esfera del “incurable” o el “anormal”. Así como la vigilancia jerárquica, la sanción normalizadora florece en una gran variedad de ámbitos en los adquiere progresivamente un papel rector: “lo Normal se establece como principio de coerción en la enseñanza con la instauración de una educación estandarizada y el establecimiento de las escuelas normales; se establece en el esfuerzo por organizar un cuerpo médico y un encuadramiento hospitalario de la nación capaces de hacer funcionar unas normas generales de salubridad; se establece en la regularización de los procedimientos y de los productos industriales”.⁴¹ El examen, por

40 VC, pp. 175-82.

41 VC, p. 189.

último, combina las técnicas de la jerarquía que vigila y la sanción que normaliza. Es una mirada normalizadora, en la medida en que irradia sobre los individuos una luminosidad que permite clasificarlos y sancionarlos. Por su intermedio se manifiesta “el sometimiento de aquellos que se persiguen como objetos y la objetivación de aquellos que están sometidos”:⁴² pieza central de las disciplinas, revela el maridaje entre las relaciones de fuerza y la emergencia del saber. Se lo ve aparecer principalmente en los hospitales, con el paso de la práctica en vigencia durante el siglo XVII, consistente en las visitas ocasionales de un médico procedente del exterior, a la creación hacia fines del XVIII de la figura del médico residente, en cuyo entorno se articula un dispositivo de observación y registro permanente de los enfermos; también en la conformación de las instituciones educativas como maquinarias de medición y sanción de los alumnos. Los dos caracteres distintivos del examen son: 1) una inversión en la economía de la visibilidad. Mientras que en el poder monárquico el soberano era un centro luminoso y los súbditos permanecían en la sombra salvo en los momentos en que entraban en contacto con el poder, la tecnología disciplinaria sólo puede operar a condición de tornarse invisible, siendo los cuerpos sometidos los que tienen que ser vistos. El examen es el instrumento que posibilita esta objetivación de los individuos por parte del poder-saber. 2) Además, esta generalización de la visibilidad torna posible el apresamiento de la singularidad humana en una compleja red de escritura. En torno al examen se constituye un sistema de transcripción y acumulación documental de las peculiaridades del individuo. Se diseñan, por un lado, rejillas especificatorias que permiten poner por escrito de forma homogénea las notas que son relevantes en los exámenes: código de rasgos físicos, código médico de los síntomas, códigos escolares y militares de las conductas y los hechos destacados. Y sobre la base de este archivo se elaboran métodos de circulación, confrontación y centralización de la información (se trata, en el caso privilegiado del hospital del siglo XVIII, de definir las particularidades del enfermo a registrar, la circulación y confrontación de estos registros entre los médicos, su transmisión a organismos de centralización y la conformación en éstos de cuadros estadísticos generales). Con este conjunto de documentos y métodos se hacen factibles dos clases de conocimiento: se puede, primeramente, objetivar la evolución, las capacidades y las excentricidades del individuo; y, en segundo lugar, es posible llevar a cabo análisis comparativos globales, aislar grupos y

42 *Ibidem*.

desviaciones respecto de una media, distribuir, en fin, a los individuos en una *población*.⁴³ Así, con la tecnología del examen surgen dos modalidades de saber que se revelan componentes esenciales de la dinámica del poder moderno. En nuestras sociedades, según Foucault, el cuerpo individual, al que se debe disciplinar en sus gestos y conductas, y la población, a la que hay que regularizar en su tasa de natalidad y mortalidad, diseminación geográfica, variables de salubridad, etc., son precisamente los puntos de aplicación privilegiados del poder. Desde el siglo XVIII el poder se presenta fundamentalmente como una administración de la vida del individuo y la especie, como un *biopoder*. Consiste éste, por un lado –como acabamos de ver– en una *anatomopolítica* del cuerpo humano, en unos procedimientos disciplinarios centrados sobre un individuo cuya conducta hay que vigilar, corregir y utilizar; y, por otro, en una *biopolítica*, que si bien se apropia de la proliferación de saber posibilitada por el examen no puede ser considerada ni en su objeto ni en sus procedimientos como una disciplina. La biopolítica no apunta al individuo, sino al hombre en tanto especie, a una masa poblacional cuyas variables biológicas se procuran ajustar a ciertos criterios funcionales. Ahora bien, aunque los dispositivos anatomopolítico y biopolítico sean de distinta naturaleza e incluso se hayan articulado en momentos diferentes, no dejan de coincidir en algunos dominios de aplicación. Uno de ellos es la sexualidad, que puede ser enfocada como conducta individual a corregir y vigilar y como fenómeno de alcance global por su papel en la procreación. Asimismo, ambos mecanismos están referidos al elemento de la norma, si bien en un caso se esperan de ella efectos de disciplinamiento y en el otro de regularización. Si quisiéramos reducir las características del poder moderno a una fórmula, deberíamos decidirnos entonces por “biopoder normalizador”.⁴⁴ Pero lo que nos interesa poner de relieve aquí es que ningún tipo de represión de saberes se cuenta entre las condiciones de existencia del biopoder; lejos de ello, éste sólo puede desplegarse poniendo en funcionamiento una enorme maquinaria de producción de conocimientos. La genealogía de los métodos de las llamadas ciencias humanas –pensemos en sus “tests”– remite de hecho al esquema operatorio del examen disciplinario, hoy día omnipresente. Más aún, el “individuo” mismo, concebido por el marxismo como un efecto meramente “ideológico” derivado de la estructura de las sociedades capitalistas, es por el contrario un producto muy real, una objetivación de

43 VC, pp. 189-98.

44 DS, pp. 217-37.

los dispositivos de poder-saber. La analítica foucaultiana, en suma, sustituye la idea de una conciencia alienada por las relaciones de producción por esta consideración de los efectos de verdad y realidad de las relaciones de poder.

Quedan por examinar las actitudes de la analítica genealógica del poder para con el Estado. No se trata en modo alguno de cuestionar la relevancia del Estado en el orden de nuestras sociedades, sino de recusar los análisis que postulan o suponen una integración de los puntos móviles de las redes de poder en una totalidad de la cual aquél sería el principio. A la hora de investigar las relaciones de poder no es lícito partir del Estado ni imaginar que los núcleos de fuerza estarían dispuestos en una serie jerárquica y estable subordinada a él. Llevado al límite, para la analítica del poder no hay Estado, sino prácticas históricas de estatización. Esto es, lo que puede constituir un objeto de su estudio no es el Estado como bloque macizo dado de antemano; la analítica se interesa, en todo caso, por el modo en que los diferentes mecanismos y técnicas locales pasaron eventualmente a formar parte de la maquinaria estatal. Al considerar tales procesos de integración, la analítica llega a revelar que en algunos casos son los procedimientos del Estado los que se vieron transformados. Las disciplinas, por ejemplo, son “humildes modalidades, procedimientos menores, si se comparan con los rituales majestuosos de la soberanía o con los grandes aparatos del Estado. Y son ellos precisamente los que van a invadir poco a poco esas formas mayores, a modificar sus mecanismos y a imponer sus procedimientos”.⁴⁵

Una de las declaraciones más lucidas que nos ha dejado Foucault acerca del procedimiento que debe aplicar el análisis para encarar, sin el recurso a una diagramación previa, estos tejidos de relaciones que circunscriben un elemento la constituye la temática de la *eventualización* o *acontecimentación*. Sin duda hay en ella algo de “positivismo”, “empirismo” y llamada a lo concreto, pero no está de más recordar que las prácticas que se estudian no suponen el esquema de un sujeto de conocimiento enfrentado a un objeto real, puesto que son ellas mismas las que producen una diversidad de posiciones de sujeto, objetos de poder-saber y efectos de verdad y realidad. La eventualización consiste, en primer lugar, en una *ruptura de la evidencia*. A la hora de explicar el surgimiento de una práctica se debe dejar de lado todo recurso al sentido común y a supuestas constantes históricas o antropológicas para sacar a luz la singularidad del acontecimiento. De ninguna manera era evidente, por ejemplo, que la locura tenga que entenderse como “enfermedad

45 VC, p. 175.

mental”, ni que sea preciso crear instituciones de encierro para tratar a los locos. Una vez conseguido este efecto de extrañeza, se procede a considerar los múltiples juegos de fuerza que han hecho que la práctica en cuestión se solidifique hasta el punto de volverse necesaria y evidente. Este segundo paso se denomina *desmultiplicación causal*. Apunta a un desmenuzamiento del acontecimiento, concebido como proceso, en la diversidad de desarrollos que lo constituyen. En el caso de la emergencia del sistema carcelario –tematizada en *Vigilar y castigar*– se trataría de definir el proceso de penalización del encierro, es decir, la progresiva inserción de las formas precedentes de encierro en el sistema de punición legal; o, a la inversa, el desarrollo por el cual el encierro se fue convirtiendo en la pieza central de este así reformado sistema punitivo. El análisis se lleva a cabo mediante la construcción en torno a este proceso–acontecimiento de lo que Foucault llama un “poliedro de inteligibilidad”. Sus caras no se definen de antemano y, en principio, nunca se lo puede dar por acabado; el análisis procede por “saturación progresiva y forzamiento inacabado”.⁴⁶ Este movimiento abierto de saturación tiene la forma de un doble proceso de descomposición interna del acontecimiento y multiplicación de las relaciones externas que lo vuelven inteligible. Esto es, mientras más analice uno los detalles de la práctica disciplinaria del encierro, más se verá llevado a referirlos a elementos disímiles tales como la escolaridad basada en un sistema de recompensa y punición, los códigos disciplinarios imperantes en las escuelas militares, la configuración espacial de los hospitales con el juego diferencial de miradas que permite, etc. “Descomposición interna del proceso y multiplicación de las ‘salientes’ analíticas van de la mano”. Se abre así ante la analítica del poder un dominio poblado de polimorfismos y heterogeneidades: la constitución de un poliedro de inteligibilidad conlleva la puesta en juego de elementos, relaciones entre elementos y escalas de aproximación radicalmente diversos.⁴⁷

Nada que se parezca menos a este conjunto de prescripciones que un modelo abstracto indefinidamente aplicable. Pero esto no implica que la analítica se resuelva en un simple llamado a lo inmediatamente constatable, puesto que apunta precisamente a una historia de lo inmediato y evidente; ni que conduzca, por último, a la mera invocación, frente a la monotonía de las evidencias, de la singularidad inefable del acontecimiento, pues la discontinuidad que éste manifiesta queda referida a la multiplicidad de procesos que constituyen sus condiciones de

46 DP, pp. 220-21.

47 DP, p. 221.

existencia. Una vez descartada toda posibilidad de fundar la analítica del poder en una serie de principios, ¿a qué apelar para justificar su racionalidad o su rendimiento? Creemos que lo que Foucault dijera a propósito del estatus de la elaboración metodológica de *La arqueología del saber* puede aplicarse en lo esencial a los lineamientos procedimentales de la genealogía. En la introducción de aquella obra se afirmaba que la discusión del “método” afinaba y rectificaba los instrumentos empleados en las investigaciones arqueológicas; pero que, a su vez, eran los resultados a que éstas llegaban los que la volvían posible y marcaban su rumbo.⁴⁸ Esta circularidad entre metodología e investigación efectiva se verifica igualmente en la genealogía, en la medida en que ésta es indisoluble de la constatación del nacimiento, a principios del siglo XVIII, de una tecnología de poder esencialmente productiva.⁴⁹ Este rasgo distintivo del poder moderno es el que pone al desnudo la incongruencia de las interpretaciones “negativas” de sus efectos (lo que, por otro lado, no implica que la analítica foucaultiana sea aplicable únicamente en nuestras sociedades). El abordaje del poder moderno es inviable tanto para una teoría provista de un modelo abstracto como para un análisis fundado en la oposición entre un sujeto y un objeto ya constituidos. También “el suelo sobre el que reposa” la analítica genealógica del poder “es el que ella misma ha descubierto”.⁵⁰

Bibliografía

Presentamos la lista de abreviaturas de las obras de Michel Foucault. Se incluye entre corchetes –cuando la hay– el año de la edición francesa. Las referencias a textos de comentaristas son dadas en notas al pie.

AN: [1999] *Los anormales. Curso en el Collège de France (1974-1975)*, Bs. As., FCE, 2000.

AS: [1969] *Arqueología del saber*, Bs. As., Siglo XXI, 1970.

DP: *El discurso del poder. Presentación y selección de Oscar Terán*, Bs. As., Folios, 1983.

DS: [1997] *Defender la sociedad. Curso en el Collège de France (1975-1976)*, Bs. As., FCE, 2000.

MP: [1977] *Microfísica del poder*, tr. y ed. Julia Varela y Fernando Alvarez–Uría, Madrid, La piqueta, 1979.

OD: [1971] *El orden del discurso*, Barcelona, Tusquets, 1987³.

PC: [1966] *Las palabras y las cosas*, México, Siglo XXI, 1984¹⁵.

VC: [1975] *Vigilar y castigar*, Madrid, Siglo XXI, 1978.

48 AS, p. 26

49 LA, pp. 58-59.

50 AS, p. 26.

VJ: [1974] *La verdad y las formas jurídicas*, Barcelona, Gedisa, 1980. Conferencias pronunciadas en la Pontificia Universidade Catolica do Rio de Janeiro, entre los días 21 y 25 de mayo de 1973.

VS: [1976] *Historia de la sexualidad I. La voluntad de saber*, México, Siglo XXI, 1977.